

Vivir lo inesperado

(Carta del hermano Roger)

CARTA 1974

Te he escrito a ti, que quieres construir tu existencia en comunión con Cristo que es amor. Mientras más te refieras— a lo largo de tu existencia — a unos cuantos valores esenciales, a algunas realidades simples, tanto más libre serás para pasar de un provisional a otro provisional.

Apertura del concilio de los jóvenes
Taizé, 30 de agosto 1974

Con el pueblo de Dios, con hombres de toda la tierra, estás invitado a vivir lo inesperado. Solo ¿cómo llegarías a conocer el resplandor de Dios?

Demasiado resplandeciente para ser visto, Dios es un Dios que ciega la mirada. Cristo capta este fuego devorador y, sin deslumbrar, deja transparentar a Dios.

Conocido o no, Cristo está aquí, cerca de cada uno. Está tan unido al hombre que permanece en él, aún cuando él lo ignore. Está ahí, clandestinamente, quemadura ardiente en el corazón del hombre, luz en la oscuridad.

Pero Cristo es también alguien distinto a ti. Él, el que Vive, está delante y más allá de ti.

Ahí está su secreto: Él fue quien te amó primero.

Ahí está el sentido de tu vida: ser amado para siempre, amado hasta en la eternidad, para que a tu vez, llegues hasta morir de amar. Sin amor ¿para qué existir?

En adelante, en la oración como en la lucha, nada es grave salvo perder el amor. Sin el amor, ¿para qué la fe? ¿De qué sirve llegar hasta quemar el propio cuerpo en las llamas?

¿Lo presientes? La lucha y la contemplación tienen una sola e idéntica fuente: Cristo; que es amor.

Si oras, es por amor. Si luchas para devolver un rostro humano al hombre explotado, es también por amor.

¿Te dejarás introducir por este camino? Arriesgando el perder tu vida, por amor, ¿vivirás a Cristo para los hombres?

Con los hombres de toda la tierra

Para hacer oír la voz de los hombres sin voz, para promover una sociedad sin clases, ¿qué puede un hombre por sí solo?

Con todo el pueblo de Dios, colectivamente, es posible encender un fuego sobre la tierra.

Hay una pregunta de Cristo, que nos agarra por el cuello: cuando el pobre tenía hambre ¿me reconociste en él? ¿Dónde estabas cuando yo compartía la vida del más desfavorecido?

¿Fuiste el opresor, aunque sólo fuera de uno solo sobre la tierra? Cuando yo decía «¡Ay de los ricos!», ricos en dinero, ricos en doctrinarismos ¿preferiste los espejismos de la riqueza?

Tu lucha no puede vivirse en ideas que no hacen más que dar vueltas, sin concretizarse.

Rompe las opresiones de los pobres y de los explotados: testigo asombrado verás nacer — desde ahora — signos de resurrección sobre la tierra.

Comparte tus bienes en vistas a una mayor justicia. No hagas a nadie víctima de ti mismo. Hermano de todos, hermano universal, acude hacia los más despreciados, los rechazados.

«Ama a los que te odian, ora por los que te hacen daño». Si odias ¿qué reflejarías de Cristo? «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Qué estragos, en ti, si te odiaras a ti mismo.

Hombre de sobreabundancia, tú intentas comprenderlo todo del otro.

Mientras más te acerques a una comunión, más el tentador intervendrá. Para liberarte de él, canta a Cristo, hasta el gozo sereno.

Las tensiones pueden tener valor de creatividad. Pero cuando la relación con el otro llega a degradarse en el bullir de las contradicciones interiores, en la imposibilidad de comunicación, hay — no lo olvides — un más allá de la aridez de este presente.

El hombre juzga al otro a partir de sí mismo, según su corazón. Tú, acuérdate únicamente de lo mejor que has descubierto en el otro. Con la palabra de liberación sobre los labios, y no la boca llena de condenaciones, no te canses buscando la paja que hay el ojo de tu hermano.

Si eres falsamente juzgado, a causa de Cristo, danza y perdona como Dios ha perdonado. Te encontrarás incomparablemente libre.

En toda discrepancia, ¿para qué buscar quién se ha equivocado y quién tiene razón?

Huye de la habilidad que maniobra, busca la limpidez del corazón, no manipules jamás la conciencia del otro, utilizando su inquietud como una palanca para hacerlo entrar en tu proyecto.

En todas las cosas, la facilidad de los medios va contra la creatividad. La pobreza de medios conduce a vivir intensamente la alegría del hoy. Pero el gozo se desvanece si la pobreza de medios conduce al puritanismo o a un juzgar a los demás.

La pobreza de medios engendra el sentido de lo universal... Y la fiesta recomienza... La fiesta no se acabará nunca.

Si desapareciera la fiesta entre los hombres... Si llegáramos a despertarnos un día en una sociedad saciada, pero vacía de espontaneidad... Si la oración se volviera un discurso secularizado hasta el punto de evacuar el sentido del misterio, sin dejar lugar a la oración del cuerpo, a la poesía, a la afectividad, a la intuición... Si llegáramos a perder una confianza de niños en la eucaristía y en la palabra de Dios... Si, en los días en que todo se vuelve gris, destruyéramos lo que hemos captado en los días luminosos... Si fuéramos a rechazar una felicidad ofrecida por Aquél que declara ocho veces «Dichosos...» (Mateo 5).

Si del cuerpo de Cristo desaparece la fiesta, si la Iglesia es lugar de estrechamiento y no de comprensión universal ¿dónde encontrar sobre la tierra un lugar de amistad para toda la humanidad?

El hombre solamente es él mismo en presencia de Dios

Si en la oración no encuentras ninguna resonancia sensible de Dios en ti ¿por qué inquietarte? La frontera entre el vacío y la plenitud es imprecisa, como lo es entre la duda y la fe, entre el temor y el amor.

Lo esencial permanece oculto a tus propios ojos. Pero el ardor de la búsqueda se hace aún más intenso, a fin de avanzar hacia la única realidad. Entonces, poco a poco, se vuelve posible el presentir la profundidad, la anchura, de un amor que sobrepasa todo conocimiento. Ahí ya tocas a las puertas de la contemplación. Es de ahí de donde sacas energías para empezar de nuevo cada día, para la audacia de los compromisos.

El descubrimiento de ti mismo, sin tener a nadie que te comprenda, puede provocar como una vergüenza de existir que llega hasta la autodestrucción. Llegas a veces a creerte un condenado vivo. Pero para el Evangelio no hay ni normalidad ni anormalidad, hay hombres a imagen de Dios. Entonces ¿quién podrá condenar? Jesús ora en ti. El ofrece la liberación del perdón a todo aquél que vive con un corazón de pobre, para que él sea — a su vez — un liberador para los demás.

En todo hombre se encuentra una parte de soledad que ninguna intimidad humana puede colmar, ni siquiera el más fuerte amor entre dos seres. Quien no consiente a ese lugar de soledad conoce la rebelión contra los hombres, y contra el mismo Dios.

Sin embargo, jamás estás solo. Déjate sondear hasta el corazón de tu propio ser, y verás que todo hombre ha sido creado para ser habitado. Ahí en el fondo del ser, allí donde nadie se parece a nadie, Cristo te espera. Ahí tiene lugar lo inesperado.

Paso fulgurante del amor de Dios, el Espíritu Santo atraviesa a cada ser humano como un relámpago en su noche. Por este paso, el Resucitado te toma, cargando sobre sí todo lo que es intolerable.

Solamente después, a veces mucho tiempo después, tú lo comprenderás: Cristo ha pasado, su sobreabundancia te ha sido dada.

En el momento en que los ojos se abran a este paso, te dirás: «¿No estaba mi corazón ardiente dentro de mí, mientras él me hablaba?»

Cristo no aniquila al hombre de carne y de sangre. En comunión con Él, no hay lugar para las alienaciones. Él no quiebra lo que está en el hombre. Él no vino a abolir, sino a dar cumplimiento. Cuando escuchas, en el silencio de tu corazón, el transfigura lo más inquietante en ti. Cuando estás envuelto por lo incomprensible, cuando la noche se hace densa, su amor es un fuego. A ti, el mirar esa lámpara encendida en la oscuridad, hasta que la aurora comience a despuntar y amanezca el día en tu corazón.

Feliz aquél que muere de amar

Sin tregua, Oh Cristo, tú me interpelas y me preguntas: «¿Quién dices que soy yo?»

Tú eres aquél que me ama hasta en la vida que no acaba.

Tú me abres el camino del riesgo. Tú me precedes en el camino de la santidad, donde es feliz aquél que muere de amar, donde el martirio es la respuesta última.

Día tras día, tú transfigurabas en un sí el no que está en mí. Tú me pides no unas migajas, sino toda mi existencia.

Tú eres aquél que, de día y de noche, oras en mí sin que yo sepa cómo. Mis balbuceos son oración: llámame diciéndote solamente el nombre de Jesús, colma nuestra comunión.

Tú eres aquél que, cada mañana, coloca en mi dedo el anillo del hijo pródigo, el anillo de la fiesta.

Y yo, ¿por qué he dudado tanto tiempo? ¿«He trocado el resplandor de Dios por la impotencia, he abandonado la fuente de agua viva para fabricarme cisternas agrietadas incapaces de retener el agua»? (Jeremías 2).

Tú, incansablemente, me buscabas. ¿Por qué sigo indeciso, pidiendo que se me deje tiempo para ocuparme de mis asuntos? Después de haber puesto la mano en el arado ¿por qué haber mirado hacia atrás? Sin darme cuenta, me iba volviendo menos apto para seguirte.

Sin embargo, sin haberte visto, te he amado.

Tú me repetías: vive lo poco que hayas comprendido del Evangelio. Anuncia mi vida entre los hombres. Enciende un fuego sobre la tierra. Tú, sígueme...

Y un día, lo he comprendido: pedías mi resolución irreversible.

Roger, tu hermano

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr